

CRONICAS Y LIBROS

Orlando Fals Borda. **Ciencia propia y colonialismo Intelectual: los nuevos rumbos.**
3a. ed., Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1987.

Las obras de Orlando Fals Borda en las áreas de historia rural y sociología regional constituyen valiosos trabajos de investigación empírica que merecen un amplio reconocimiento. La obra que nos ocupa es diferente: su interés se orienta hacia la historia de la sociología profesional y hacia la formulación de propuestas sobre la ciencia y su método; y su calidad es tan deficiente que no se compadecé con el resto de sus trabajos de investigación empírica.

Su contenido se puede clasificar en tres temas: la historia de la sociología latinoamericana desde los inicios de su organización profesional contemporánea; la propuesta de desarrollo de una ciencia propia que rompa sus amarras con la tradición académica europea y norteamericana; y la defensa de una nueva estrategia metodológica basada en la idea de una investigación-acción participativa. Esta reseña se ocupará principalmente del tercer tema: la propuesta metodológica.

Los dos temas anteriores fueron ya reseñados en la **Revista de Estudios Políticos** del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional en su número 4 de 1988. Aquí, por tanto, me limitaré a destacar muy brevemente algunas críticas desarrolladas allí. Señalo las características conservadoras, románticas y antiintelectuales presentes en su postura frente a la sabiduría popular y a la ciencia; su irracionalismo ensalzador de la vivencia, el sentimiento y la experiencia en menosprecio de la teoría y la razón; y, por fin, su positivismo cerrero que idealiza la praxis y desconoce la teoría, que hipostatiza el saber como científicismo y lo transforma en una coartada utilitarista y su visión pragmática del verdadero saber como móvil para la acción exitosa. Estos aspectos que exuda toda la obra serán, pues, exentos de reseña crítica.

Aquí quiero ocuparme de la llamada metodología de la investigación-acción participativa que en un arranque de delirio científico propone como un medio de solución para el fin del militarismo y el desarrollo de la democracia en nuestras naciones con ciencia propia; y que sugiere caracterizar como un nuevo paradigma en las ciencias sociales con la "praxis" como momento determinante.

Antes de criticar dicha propuesta, analicémosla primero. ¿Cuáles son las etapas de la investigación-acción participativa? En primer lugar, un "análisis de clase" para ver cómo "la tradición y los factores de índole etnocultural y demográfica inciden en la concepción

de clase y afectan el trabajo político"; luego, la "generación de conocimiento "escogiendo con la participación del grupo los temas de preocupación y desarrollándolos de acuerdo con el nivel de conciencia política y capacidad de acción que allí se encuentra: "de este esfuerzo surgen técnicas apropiadas de estudio, y aparecen investigadores locales (...) que facilitan la labor [sic]". Así se va generando el conocimiento dentro de los grupos. En tercer lugar, la "recuperación crítica", proceso por el cual mediante la identificación de "las raíces históricas de las contradicciones que dinamizan la lucha de clases en la región" se recuperan instituciones "que en el pasado sirvieron al pueblo para defenderse de sus explotadores" a fin de revigorizar la lucha, como los resguardos, el palenque, etc. Finalmente, la "devolución sistemática" gracias a la cual "el investigador militante devuelve los resultados de la investigación a los grupos con quienes se identificó, de una manera sistematizada, ordenada y racional. No trabaja entonces para publicar nada (esto puede ser inconveniente tácticamente [sic]) ni para ganarse un título académico [sic] sino para crear una serie de hechos políticos que llevan o transforman radicalmente nuestra sociedad". (pp.92- 93).

Antes de comentar el procedimiento anterior, es preciso advertir que la llamada investigación-acción no es una metodología, en primer lugar. Una metodología es un conjunto de normas y de reglas racionalmente justificadas que definen un procedimiento preciso y confiable para controlar las consecuencias objetivas de una idea, tesis o hipótesis. Nada de esto existe en la IAP: no hay cánones ni protocolos precisos o rigurosos definidos para estimar el valor de ninguna proposición teórica ni mucho menos una fundamentación teórica que les confiera valor. Es un conjunto sin unidad de sugerencias que pasan por técnicas de conducta pero que ni siquiera alcanzan el estatuto de máximas prácticas y que arbitrariamente se ofrecen sin ningún tipo de justificación a fin de manipular una información con un objetivo preconcebido: "crear una serie de hechos políticos".

En el mejor de los casos, no es otra cosa que la tradicional observación participante del trabajo de campo de antropólogos y sociólogos condimentada con estrategias de movilización comunitaria. La IAP es, pues, una técnica auxiliar.

En segundo lugar, mucho menos puede ser vista la IAP como un nuevo paradigma. Un paradigma teórico –adjetivo que significativamente Orlando Fals sistemáticamente descuida agregar– es definido por Kuhn como la reconstrucción de una teoría anterior para resolver problemas teóricos insolubles desde la perspectiva superada y que incluye un conjunto nuevo de leyes, de proposiciones teóricas y de procedimientos canónicos. Y, *last but not least*, representa un nuevo *corpus* de proposiciones científicas colectivamente compartidas. Ahora bien, en el caso de la IAP, como se desprende de la misma presentación del autor, no existe un nuevo conjunto de proposiciones teóricas ni procedimientos canónicos sino sugerencias con alguna pretensión técnica e instrumental apenas. Debe observarse, además, un elemento muy significativo de la IAP: su relativa acogida no se encuentra estrictamente hablando en el mundo científico-académico sino en organismos burocráticos destinados a la producción de investigación en las áreas de la promoción comunitaria y del trabajo social.

Es interesante observar que en la exposición de las cuatro etapas de la IAP reaparecen los mismos elementos que se encuentran en el resto de la obra: la retórica moralista y conservadora, la concepción tradicional de la teoría con su simultánea devaluación, y el énfasis en el pragmatismo y el instrumentalismo.

En la primera de las cuatro etapas de la IAP, el análisis de la clase tiene más visos de ejercicios académico y formal y la dinámica de las clases aparece jugando no un papel de-

terminante y central sino una función subsidiaria frente a la fuerza de los factores etnoculturales, demográficos y de la tradición: una función muy empobrecida de la riqueza del análisis de clase que sugiere más la perspectiva formal de la teoría de la estratificación social antes que la teoría marxista de las clases.

La segunda etapa, la "generación de conocimientos", no es guiada por una teoría o un paradigma sino por la cooperación del grupo de cuyo "esfuerzo" surgen "técnicas apropiadas de estudio" que facilitan una "labor" que ni en uno ni en otro casos son siquiera definidas. La generación de conocimientos es, pues, aparentemente fruto exclusivo de la cooperación, del esfuerzo y de las técnicas.

La tercera etapa pretende una "recuperación crítica" de instituciones obsoletas e históricamente superadas como los resguardos y los quilombos para reactivar la defensa del pueblo contra sus explotadores.

Aparte del romanticismo impenitente que aspira a resucitar instituciones dejadas atrás por el desarrollo de las condiciones objetivas con el propósito de definir las armas de lucha contemporánea, aparece una concepción irrealista y antisociológica del concepto de institución como una forma social descajada de sus contextos y determinaciones originales y susceptible de ser recreada a voluntad, gracias a un *coup de main* del "investigador-actor".

La cuarta y final etapa consistiría en la "devolución sistemática" de los resultados a los grupos populares pertinentes con el fin de crear "una serie de hechos políticos" que transformen radicalmente la sociedad. Primeramente, la idea de devolución contradice, por su sabor paternalista, el carácter participativo que la IAP profesa. Así mismo, la presentación de esa etapa revela una concepción universalmente inaceptable de la ciencia por lo menos en dos dimensiones: a) la idea de una ciencia cuyos resultados son dirigidos a grupos ajenos al grupo natural de referencia, cual es la misma comunidad científica, se aproxima nocivamente a la noción parroquial de una ciencia privada con fines particularistas y b) la noción de una ciencia cuyos resultados y productos no son por necesidad virtualmente publicables, accesibles al conocimiento público, es antipática a la conciencia y al espíritu científicos y con más ponderación aún cuando se aducen inaceptables móviles de conveniencia táctica como criterios de publicación. La táctica es el lenguaje del conflicto, de la guerra, de la racionalidad como subjetividad; el conocimiento público, la ciencia, es el lenguaje de la comunicación, de la comprensión y de la racionalidad como objetividad. Cuando el conocimiento que se cree verdadero supedita su estatuto como verdad, como juicio públicamente válido, al *Diiktat* de la conveniencia táctica, aparece el abismo y el irracionalismo: la conciencia práctica despojada de luz, de teoría y de racionalidad comunicativa. Resuenan aquí con pertinencia las palabras de Hermann Heller: "Los argumentos del teórico no van dirigidos, en primer lugar, a nuestra capacidad de entusiasmo, a nuestro afán de actividad o a nuestra conciencia moral, sino a nuestro juicio racional. No es, para aquél, el conocimiento un instrumento actual de dominación, sino una formación de sentido que guarda una autonomía relativa frente a las cambiantes situaciones de poder. La cuestión que se formula no queda resuelta mediante la conquista o el afianzamiento de su posición de poder, sino sólo –para decirlo, justamente, con las palabras del filósofo de la "voluntad de poderío"– con la honradez intelectual; ésta ha de sofrenar su voluntad de acción."

¿Pero qué poder mágico posee ese conocimiento devuelto que es capaz, en el regazo de la vida privada de unos grupos, de provocar revolucionarios hechos políticos, i.e. en el espacio público, al nivel de la totalidad de la organización institucional de la sociedad?

¿No hay aquí una autoritaria mitificación de la ciencia, un cientificismo que aniquila de paso el ser de la política y del diálogo al concederle un poder virtualmente tan eficaz que trasciende los conflictos de intereses de grupos y de clases y que hace tabla rasa de toda contingencia, de toda determinación social? Todo esto hace pensar que hay una confusión entre ciencia y política que malogra y desfigura los fines sociales de ambas y cuyo resultado necesario es mala ciencia y mala política.

Fernando Uricoechea
Profesor Asociado
Departamento de Sociología